

ARTE★LETRAS ESPECTACULOS



De izquierda a derecha: Díez Canedo, Arturo Ruiz Castillo, Luis Villalba, Emilio Garrigues y Pedro Miguel G. Quijano, en la época de "La Barraca".

LIBROS

El poeta Díez Canedo

JOSE ESTEBAN

EL centenario del nacimiento de Enrique Díez Canedo (Badajoz, 1879-México, 1944) ha tenido en nuestro país cierto eco si lo comparamos con el silencio que se ha hecho en torno a figuras tan importantes como Ramón María Tenreiro o Carmen de Burgos "Colombine", que también hubieran cumplido cien años en 1979.

Pero este eco sólo tiene valor en términos comparativos, ya que únicamente se han escrito algunos artículos sobre su ingente labor crítica, que llena toda una época, y se le han dedicado algunos recuerdos más o menos emocionados. Y ahora, por fin, en 1980, nos llega una antología de su obra poética, faceta la menos estimada de su personalidad literaria (1).

Por ello, vamos a limitarnos a hablar hoy de Díez Canedo poeta, y vamos a hacerlo uniendo su nombre al de otro ilustre escritor, Manuel Azaña. Juntos aparecen en el primer número de la revista "La Pluma", que inicia su

andadura en el Madrid de 1920, y donde nuestro poeta publica unos versos sobre la capital de España de tono costumbrista. Esta interesante revista, que también lo fue de Valle-Inclán, concebida como "un refugio donde la vocación literaria pueda vivir en la plenitud de su independencia, sin transigir con el ambiente", está pidiendo a gritos un estudio o publicación de sus índices. Esperemos que el centenario de Azaña (Alcalá de Henares, 1880), su brillante inspirador, nos lo aporte entre otras cosas más.

Poeta nacido al amparo de Rubén Darío (¿quién no lo fue a principios de siglo?), Díez Canedo siguió durante toda su obra poética un camino ascendente para librarse de toda su magma modernista, sin que podamos decir que llegó a conseguirlo del todo. Y es en este apasionante camino recorrido hacia la "nueva poesía" donde hemos de situar sus más positivos logros. Así su temprana comprensión y acercamiento a la poesía de Juan Ramón Jiménez; su admiración por Góngora (Soneto en alabanza de don Luis de Góngora), anticipo

de la generación del 27 y el tratamiento de los nuevos temas poéticos, como los deportivos o la balada de los tres naipes, que le enlazan directamente con Alberti y Giménez Caballero.

Y en este mismo camino de precursor realizará su famosa antología de la poesía francesa, años antes del trabajo de Gómez Carrillo, así como su proyección de adelantado en las relaciones culturales con los países iberoamericanos, cuyas literaturas conoció y a los que dedicó uno de sus libros más originales, "Epigramas americanos".

En 1924, Díez Canedo recogió sus versos en una antología, "Algunos versos". Era también el momento oportuno. Juan Ramón Jiménez y Gerardo Diego habían realizado ya las suyas. Y esta antología se nos abre con "Aspiración al poema", de corte modernista en su intento de perfección, dando vida al poema como ente en sí, pero al mismo tiempo tan juanramoniano: "Eternidad del poema, entrevisto de repente, laborado lentamente/con aspiración suprema".

Exiliado en 1938, su nombre, tan asiduo en todas las publica-

ciones literarias y tan presente en te vida cultural española, dejó de sonar en su tierra. Únicamente su poema "Han venido los húngaros, hermana", recogido por Bergua en "Las mil mejores poesías de la lengua castellana", nos traía su vago recuerdo. Más adelante nos fueron llegando desde México sus hoy imprescindibles "Conversaciones literarias", y sin más nos hemos encontrado con su centenario.

La antología que sirve de pretexto a estas líneas recoge unos sesenta poemas que reflejan bien el sentir y el camino recorrido por Díez Canedo en busca de una nueva aurora poética española. Sin embargo, debería haber incluido todos los poemas que el poeta recogió en su ya citado



Enrique Díez Canedo.

"Algunos versos", dado que es la única guía que nos dejó respecto a su labor poética.

Díez Canedo perteneció al grupo de hombres que hicieron posible empresas y afanes como los de las revistas "España" y "La Pluma"; diarios como "El Sol" y editoriales como La Lectura. A ese impresionante plantel de escritores que, a caballo entre la

(1) Enrique Díez Canedo: Antología poética. Edición de José María Fernández Gutiérrez. Editorial Almar. Pabellón de Escuelas. Salamanca, 1980.

Javier Martínez Reverte.



generación del 98, el modernismo y la juventud ultra e iconoclasta de la década de los veinte, concibieron y realizaron una literatura viva y sugeridora, real y acorde con su tiempo. Participaron activamente en el periódico diario, en la crítica fugaz de cada momento, al tiempo que constituyeron la pléyade más brillante de traductores que ha tenido España. Basta recordar solamente los nombres de Azaña, Ricardo Baeza, Enrique de Mesa, Bacarisse, Ciges Aparicio, Araquistain, etcétera, y, entre ellos, el propio Díez Canedo.

Federico de Onís pensaba que nuestro poeta, en su doble labor para con la poesía, "se constituye en la figura capital de toda la época; su situación cronológica en el centro de ella le ha permitido conocerla directamente en toda su evolución; su temperamento intelectual, abierto y sereno, le ha hecho entenderla en todas sus escuelas; su cultura, su penetración y su buen gusto le han capacitado para juzgarla. Si en el aspecto de su poesía original no llega a ocupar el mismo lugar preeminente y único que ocupa como crítico, es uno de los poetas más distinguidos del momento posmodernista en muchas de sus diversas tendencias".

Y como una muestra de la modernidad, fresca y juego de su obra, leamos estos versos de su increíble "Balada de los tres naipes", del mejor sabor valleinclanesco:

"Se durmió como la marmota/entre la colilla y el jarro;/ya no tiene lumbre el cigarro;/ya el jarro no tiene ni gota;/y, aun dormido, la palabrota/en sus torpes labios se cuaja;/Sobre la mesa, la baraja/el rey, el caballo y la sota". ■

Versos contra el asfalto

METROPOLI (1) es el primer libro de poemas del periodista madrileño Javier Martínez Reverte, pero también es una gran sorpresa, porque es un libro de madurez, sin artificios ni falsos misterios, en el que aparece dibujada la enorme cárcel de hormigón y tráfico que recorre-

mos diariamente como autómatas sordos.

La ciudad es, a la vez, vida y muerte, y el laberinto de la libertad. En ella se compendian todos los deseos y miedos del hombre, proclamados en los versos de "Metrópoli" con una frescura difícil de encontrar en estos tiempos de perorata y adjetivos.

El escritor se ha limitado a mostrar en tono épico el dolor de las cosas sencillas que acontecen en la ciudad y la opresión de los humildes, cuyas desgracias llenan los callejones, las casas y las aceras del Moloch urbano, creado para concentrar mano de obra y mercado. La poesía de Martínez Reverte no es opaca ni

abstracta, sino concreta como el cemento de los rascacielos. Luce como el neón y las farolas, sin expresiones opacas ni recursos alambicados. Es un ajustado discurrir de palabras sencillas, pero densas de significado e intencionalidad. Un libro escrito en el filo de una militancia política, repleto de interrogantes y ansias libertarias, como un reto al sistema de valores, actitudes y comportamientos que representa la gran ciudad dentro del esquema general de dominación imperante.

La ciudad ha hecho surgir nuevas formas de contradicciones sociales y es el fermento revolucionario de nuestro tiempo. El hacinamiento produce agresividad y desesperación. El paro y el lujo se combinan en la metrópoli hasta formar una mezcla explosiva. Sus moradores más pobres proceden, en muchos casos, de zonas lejanas, donde reina el espectro de la miseria y la soledad.

"Corrimos hacia ella,/porque detrás, al Sur,/sentíamos aullar el viento de la muerte".

Una vez dentro, salir de la ciudad es difícil. En la tela de araña

La "Revista Occidente", ante los años ochenta

CON una colorista viñeta de Marija Mallo en la clásica portada y dirigida por Soledad Ortega, reaparece por segunda vez la "Revista de Occidente" (1).

Nació en 1923 por obra de Ortega y Gasset. Ortega y Santa Teresa se parecen en su maestría al usar el castellano y en su afán fundacional. Antes de fundar la "Revista de Occidente", Ortega, que tiene entonces cuarenta años, ha intervenido en la salida de "Faro" (1908), "Europa" (1910), "España" (1914), "El Sol" (1917), la editorial Calpe (1919)...

La importancia cultural de la "Revista" en la historia contemporánea española es excepcional. Evelynne López Campillo la cuenta en un documentado libro, cuyo prologo —el hispanista e hispanófilo Jean Bécarrud— escribe al comparar la publicación con sus coetáneas: "Las superó a todas no sólo en duración, sino en cuanto a amplitud y a profundidad de impacto" (2).

En ella hablaron del "Ulises" Bernard Shaw y Jung (que veía en la novela el inconsciente colec-

tivo de la psique moderna). Escribieron de filosofía desde Simmel, Scheler o Russell a los jóvenes discípulos de Ortega, como Ramiro Ledesma (una mente poderosa que, urgida por la política, dejaría la metafísica por el fascismo), Xavier Zubiri, José Gaos y Julián Marías. Allí se acogió el homenaje de 1927 a don Luis de Góngora. Muñoz Rojas explicó Lawrence a los españoles y Schulten los tartesios...

La "Revista" llega hasta 1936 y retorna después de muerto Ortega, para interrumpir otra vez su salida tras cambiar el formato clásico.

Ahora vuelve como solía —gracias a la ayuda del Banco Urquijo y el Ministerio de Cultura—, con un extra ("Ante los años ochenta"), que lleva trabajos de Rojo, G. Barraclough, Arango, Alvaro Espina, Aranguren, Cueto, Morañas, Carabaña, Rubert de Ventós y Fernández Alba.

Soledad Ortega asegura en la presentación: "Lo que urge ahora es contribuir a mantener la comunicación interdisciplinaria tratando de que los especialistas escriban sobre sus respectivos temas". Y la forma para ello es aquella en la que Ortega fue indiscutible maestro: el ensayo. Es secretario de Redacción Vicente Verdú (ensayista él mismo: "El fútbol: mitos, ritos y símbolos", Alianza Editorial) y forman el Consejo Joaquín Arango, Violeta Demonte, Emilio Lamo de Espinosa, Antonio Lara y Ana Puértolas. ■ V. M. R.

(1) Editada por la Fundación José Ortega y Gasset. Génova, 23. Madrid-4. Publicación trimestral. Número 1, 224 páginas, 250 pesetas.

(2) E. López Campillo: "La Revista de Occidente y la formación de minorías". Prólogo de Jean Bécarrud. Versión de Florentino Trapero y E. López Campillo. Taurus Ediciones. Colección Persiles, número 58, 1972.

(1) "Metrópoli". Javier Martínez Reverte. Colectivo 24 de Enero. Serie Poesía. Madrid, 1980.